

nos peligros análogos á aquellos de que él le había preservado ya, tomó bajo su responsabilidad el aparecérsese en estado de sombra, y, con aquel objeto, presagiarle el porvenir. Hemos visto cómo el anuncio de la próxima llegada del señor de Mayenne, anuncio encubierto en la despedida de Joyeuse por su cortejo, y que Chicot, en su grande inteligencia, había ido á buscar al fondo de su cubierta, había hecho pasar á Chicot del estado de fantasma á la condición de viviente, y de la posición de profeta á de la embajador.

Ahora que queda explicado todo lo que podría parecer obscuro en nuestra relación, volveremos á la salida del Louvre, y le seguiremos hasta su casita de la encrucejada Bussy.

## XVII.

## La serenata.

Para ir desde el Louvre á su casa, Chicot no tenía mucho que andar. Bajó á la barca y comenzó á atravesar el Sena en una lanchita que dirigía él solo, y que había traído de la orilla de Nesle y amarrado en el desierto muelle del Louvre.

— Es extraño, — decía, remando, y mirando sin dejar el remo á las ventanas del palacio, de las que una sola, la de la cámara del rey, seguía alumbrada á pesar de lo avanzado de la hora, — es

extraño ; después de tantos años, Enrique está lo mismo : otros han crecido, otros se han encorvado, otros han muerto, él se ha adquirido algunas arrugas en la cara y en el corazón, y nada más ; es eternamente el espíritu débil y distinguido, fantástico y poético ; es eternamente esa misma alma egoísta, pidiendo siempre más de lo que pueden darle ; la amistad á la indiferencia, el amor á la amistad, la adhesión al amor, y con todo eso desgraciado rey, pobre rey, triste, más que ningún hombre de su reino ! Creo que no hay en realidad más que yo que haya sondado esa singular mezcla de desarreglo y arrepentimiento, de impiedad y superstición ; como tampoco hay ninguno más que conozca al Louvre, por cuyos pasadizos tantos favoritos han pasado á la tumba, al desierto ó al olvido ; como no hay ninguno más que yo que maneje sin peligro y que juegue con esa corona que abraza el pensamiento de tantas personas, mientras tanto les llega á abrasar los dedos.

Chicot dió un suspiro más filosófico que triste, y comenzó á manejar vigorosamente los remos.

— Á propósito, — dijo de súbito, — el rey no me ha hablado de dinero para el viaje : esta

confianza me honra, por cuanto me prueba que soy siempre su amigo.

Y se echó á reir silenciosamente, como tenía de costumbre ; luego de un golpe de remo lanzó su lanchita sobre la fina arena, en donde quedó encajada.

Luego, amarrando la proa á un poste por medio de un nudo cuyo secreto sólo él conocía, y que en aquellos tiempos de inocencia (hablamos comparativamente) era una seguridad suficiente, se dirigió hacia su habitación situada, como se sabe, á dos escasos tiros de fusil de la orilla del río.

Al entrar en la calle de los Agustinos, le chocó y quedó muy sorprendido de oír resonar instrumentos y voces que llenaban de armonía el barrio, tan sosegado de ordinario en aquellas horas avanzadas.

— ¡ Cuerpo de Crispo ! sin duda hay por aquí alguna boda, — pensó desde luego ; — sólo me quedaban cinco horas para dormir, y voy á tener que estar en vela, yo que no me caso.

Y acercándose, vió un resplandor bailar sobre los vidrios de las pocas casas que poblaban su calle. Aquel resplandor era producido por una docena de hachones llevados por pajes y lacayos, mientras que

veinticuatro músicos, dirigidos por un italiano energúmeno, hacían estrago de sus violas, salterios, sistros, rabeles, violines, trompetas y tambores.

Aquel ejército de alborotadores estaba colocado en gran orden delante de una casa que Chicot reconoció, no sin sorpresa, ser la suya.

El general invisible que había dirigido aquella maniobra, había dispuesto músicos y pajes de manera que todos, con la cara vuelta hacia la habitación de Roberto Briquet, y la mirada fija en las ventanas, pareciesen no respirar, ni vivir, ni animarse más que para aquella contemplación.

Chicot permaneció un instante atónito mirando toda aquella evolución, y escuchando toda aquella batahola.

Luego, dando en sus muslos dos palmadas con sus huesudas manos :

— ¡ Pero aquí hay alguna equivocación ! — dijo.

— Es imposible que sea por mí por quien hacen todo este ruido.

Entonces, aproximándose más, se mezcló con los curiosos que habían sido atraídos por la serenata, y mirando con atención alrededor suyo, se cercióro de que toda la luz de los hachones se reflejaba en

su casa, así como toda la armonía se sumía en ella; ninguno de aquel gentío se ocupaba de la casa de enfrente ni de las inmediatas.

— ¡ No cabe duda ! — se dijo Chicot. — Es por mí. ¡ Si por casualidad se habrá prendado de mí alguna princesa desconocida !

Sin embargo, esta suposición, por lisonjera que fuese, no pareció convencer á Chicot.

Se volvió hacia la casa que daba frente á la suya.

Las dos solas ventanas de aquella casa, colocadas en el segundo piso, únicas que no tenían postigos, absorbían por intervalos algunos resplandores de luz; pero sólo por el placer de la pobre casa, que parecía privada de toda vida, viuda de todo rostro humano.

— Preciso es que duerman bien profundamente en esa casa, — dijo Chicot. — ¡ Cuerpo de Crispo ! semejante bacanal podría despertar á los muertos.

Durante estas preguntas y respuestas que Chicot se hacía á sí mismo, la orquesta continuaba sus sinfonías cual si estuviese tocando delante de una asamblea de reyes y emperadores.

— Dispense usted, amigo, — dijo entonces

Chicot dirigiéndose á un porta-hachón, — ¿podría usted decirme por quién es toda esta música?

— Por el vecino que habita allí, — respondió el lacayo á Chicot señalando la casa de Roberto Briquet.

— Es por mí, — repitió Chicot; — decididamente, es por mí.

Chicot penetró por entre la muchedumbre para leer la explicación de aquel enigma en la manga ó en el pecho de los pajes; pero había desaparecido cuidadosamente todo blasón bajo una especie de capote de color gris.

— ¿Á quién pertenece usted, amigo mío? — preguntó Chicot á un tamborilero que se calentaba los dedos con su hálito, por no tener en aquel momento nada que tamborilear.

— Al vecino que habita ahí, — respondió el instrumentista, señalando con un palillo la habitación de Roberto Briquet.

— ¡ Ah! ¡ ah! — dijo Chicot; — ¡ no sólo están aquí por mí, sino que me pertenecen! Esto va cada vez mejor; en fin, vamos á ver.

Y armando su cara con la más complicada mueca que pudo hallar, codeó á derecha é izquierda á

pajes, lacayos y músicos, á fin de llegar á la puerta, maniobra que logró ejecutar no sin dificultad, y allí visible y esplendente en el círculo formado por los porta-hachones, sacó su llave del bolsillo, abrió la puerta, entró, volvió á cerrar y corrió los cerrojos.

Luego, subiendo al balcón, puso en él una silla de cuero, se instaló allí cómodamente, con la mano apoyada en la barandilla, y sin manifestar que notaba las risas que acogían su aparición:

— Caballeros, — dijo, — ¿no os equivocáis? ¿son efectivamente por mí vuestros gorjeos, vuestras cadencias y trinos?

— ¿Sois vos maese Roberto Briquet? — preguntó el director de toda aquella orquesta.

— En persona.

— Pues bien; estamos á vuestro servicio, caballero, — replicó el italiano con un movimiento de *battuta* que levantó una nueva tempestad de melodía.

Decididamente, es incomprensible, — dijo para sí Chicot, dirigiendo sus activas miradas por toda aquella multitud y las casas inmediatas.

Todos los vecinos de aquellas casas estaban en sus ventanas, ó en el umbral de sus puertas, ó mezcla-

dos con los grupos estacionados delante de la de Chicot.

Maese Fournichón, su mujer y toda la comitiva de los cuarenta y cinco, mujeres, niños y lacayos, poblaban todas las aberturas de la *Espada del bizarro Caballero*.

Sólo la casa de enfrente estaba sombría, silenciosa como una tumba.

Chicot seguía buscando con la vista la explicación de aquel indescifrable enigma, cuando de súbito creyó ver bajo el mismo sobradillo de su casa á través de las rendijas del piso del balcón, á un hombre muy embozado en una capa de color obscuro, con sombrero negro, pluma encarnada y una larga espada, el cual, creyendo no ser visto, miraba con ansiedad la casa de enfrente, aquella casa desierta silenciosa y muerta.

De vez en cuando el jefe de la orquesta dejaba su puesto, para ir á hablar quedo á aquel hombre.

Chicot advinó bien pronto que todo el interés de la escena estaba allí, y que aquel sombrero negro ocultaba una figura de caballero.

En su virtud, fijó toda su atención en aquel personaje: el papel de observador le era fácil, su po-

sición sobre la barandilla del balcón permitía á su vista distinguir lo que pasaba en la calle y debajo del sobradillo; por consiguiente, logró seguir todos los movimientos del misterioso incógnito, cuya primera imprudencia no podía menos de descubrirle las facciones.

De súbito, y mientras Chicot estaba absorto en estas contemplaciones, apareció en el ángulo de la calle un jinete seguido de dos escuderos, y dispersó enérgicamente, á varillazos, á los curiosos que se obstinaban en rodear á los músicos.

— ¡El señor de Joyeuse! — murmuró Chicot, reconociendo en el jinete al gran almirante de Francia, con botas y espuelas, según la orden del rey.

Dispersados los curiosos, calló la orquesta.

El jinete se acercó al caballero que estaba oculto bajo el sobradillo.

— Y bien, Enrique, — le preguntó, — ¿qué hay de nuevo?

— Nada, hermano mío, nada.

— ¡Nada!

— No, ni siquiera se ha presentado.

— ¿Luego estos tunos no han hecho bastante ruido?

— Han atronado el barrio.

— Entonces no han gritado, como se les ha mandado que tocaban en honor de este vecino!

— Han gritado tanto, que lo tienes ahí en persona, en su balcón oyendo la serenata.

— ¿Y ella no se ha presentado?

— Ni ella, ni nadie.

— Sin embargo, la idea era ingeniosa, — dijo Joyeuse picado; — porque en fin, podía, sin comprometerse, hacer lo que hacen todas estas buenas gentes, y disfrutar de la música dada á un vecino.

Enrique meneó la cabeza.

— ¡Ah! Bien se ve que no la conoces, hermano, — dijo.

— Sí tal, sí tal, la conozco; es decir, conozco á todas las mujeres, y como ella está comprendida en este número... ¡y bien! no desmayemos.

— ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Me dices eso en un tono enteramente desmayado!

— Nada de eso; sólo que desde hoy es preciso que este vecino tenga su serenata todas las noches.

— Pero entonces ella dejará la casa.

— ¿Por qué la ha de dejar si tú no dices nada, si no la designas, si permaneces siempre oculto? ¿Ha dicho algo el vecino cuando le hicieron esta galantería?

— Ha arengado á la orquesta... ¡Calla!... se me figura que se dispone á hablar de nuevo.

En efecto, Briquet, resuelto á aclarar las cosas, se levantaba para interrogar de nuevo al jefe de la orquesta.

— ¡Calle usted, el del balcón! ¡y retírese usted! — gritó Ana de mal humor; — ¡qué diablos! puesto que le han dado su serenata, nada tiene que decir; así, siga usted tranquilo.

— ¡Mi serenata! ¡mi serenata! — respondió Chicot con el aire más gracioso; — pero á lo menos quiero saber á quién se ha dirigido mi serenata.

— Á su hija, imbécil.

— Perdonad, caballero, que no tengo hija.

— Entonces, á su mujer.

— Á Dios gracias, no soy casado.

— Entonces, á usted en persona.

— Sí, á ti, y si no te retiras...

Joyeuse, uniendo al dicho el hecho, lanzó su

caballo hacia el balcón de Chicot, á través de los instrumentistas.

— ¡Cuerpo de Crispo! — gritó Chicot. — Si es por mí la música, ¿quién es el que viene á desbaratarla de ese modo?

— Vegestorio loco, — dijo entre dientes Joyeuse levantando la cabeza, — si no ocultas tu fea catadura en tu nido de cuervo, los músicos van á romper todos sus instrumentos sobre tu nuca.

— Deja á ese pobre hombre, hermano mío, — dijo del Bouchage; — en realidad tiene razón en estar muy admirado.

— ¿Y de qué se admira, por vida de Brios? Además, debes conocer que, promoviendo una quimera, atraeremos á alguno á la ventana: así, sacudamos el polvo al vecino, quememos su casa si preciso es; pero, ¡con mil diablos! ¡movámonos y removámonos!

— Por piedad, hermano mío, — dijo Enrique, — no arranquemos á la fuerza la atención de esa mujer; estamos vencidos, resignémonos.

Briquet no había perdido una palabra de este último diálogo, que había aclarado mucho sus ideas aún confusas; por consiguiente hacía mentalmente

sus preparativos de defensa, conociendo el carácter del que iba á atacarle.

Pero Joyeuse, cediendo á las razones de Enrique, no insistió más; y despidió á los pajes, lacayos, músicos y maestro.

Luego, llevando á su hermano aparte:

— Estoy desesperado, — le dijo, — todo conspira contra nosotros.

— ¿Qué quieres decir?

— Que no tengo tiempo para ayudarte.

— En efecto, estás en traje de camino: no había reparado.

— Parto esta noche para Amberes con una misión del rey.

— ¿Cuándo te la ha dado?

— Esta misma noche.

— ¡Dios mío!

— Ven conmigo: te lo suplico.

Enrique dejó caer los brazos.

— ¡Me lo ordenas, hermano mío? — preguntó palideciendo con la idea de la marcha.

Ana hizo un movimiento.

— Si me lo ordenas, continuó Enrique, — te obedeceré.

— Yo te lo suplico, del Bouchage, y nada más.

— Gracias, hermano mío.

Joyeuse se encogió de hombros.

— Cuanto quieras, Joyeuse; pero, ya ves, si me fuese preciso renunciar á pasar mis noches en esta calle, á mirar á esa ventana...

— ¿Qué?

— ¡Moriría!

— ¡Pobre loco!

— Mi corazón está allí, hermano mío, — dijo Enrique alargando la mano hacia la casa, — mi vida está allí; no me pidas que viva si me arrancas el corazón del pecho.

El duque cruzó sus brazos con un enojo mezclado de compasión, mordió sus finos bigotes, y después de haber reflexionado algunos minutos:

— Si tu padre te rogase, Enrique, — dijo, — que te dejases cuidar por Mirón, que es filósofo y médico á la vez...

— Respondería á nuestro padre que no estoy enfermo, que mi cabeza está sana, y que Mirón no cura el mal de amor.

— ¿Conque hay que adoptar tu manera de ver, Enrique? pero ¿por qué inquietarme? Esa mujer

es mujer; tú eres perseverante, por consiguiente no hay que desesperar; á mi vuelta te veré más alegre, más jovial que yo.

— ¡Sí, sí, excelente hermano! — exclamó el joven estrechando las manos de su hermano; — sí, me curaré! sí, seré feliz! sí, estaré alegre! ¡Gracias por tu amistad! gracias!... ella es mi más precioso bien.

— Después de tu amor,

— Antes que mi vida.

Joyeuse, conmovido hondamente á pesar de su aparente frivolidad, interrumpió á su hermano.

— ¿Nos vamos? — dijo. — Ya se han apagado los hachones, los instrumentos están á la espalda de los músicos, y los pajes en camino.

— Anda, anda, que ya te sigo, — dijo Enrique suspirando, porque iba á dejar la calle.

— Te entiendo, — dijo Joyeuse; — el último adiós á la ventana desierta; es justo. Entonces adiós también á mí, Enrique.

Enrique echó los brazos al cuello de su hermano que se inclinaba para abrazarle.

— No, — dijo, — te acompañaré hasta las puerlas; aguárdame solamente á cien pasos de aquí.



Creyendo la calle solitaria, acaso ella se asomará.

Ana dirigió su caballo hacia la escolta parada á cien pasos de allí.

— Vamos, vamos, — dijo, — no tenemos necesidad de usted hasta nueva orden. Retírense ustedes.

Desaparecieron los hachones, y apagáronse las conversaciones de los músicos y las risas de los pajes, igualmente que los últimos gemidos arrancados á las cuerdas de las violas y los laudes por alguna mano extraviada.

Enrique dió una última mirada á la casa, envió una última súplica á las ventanas, y lentamente, volviéndose sin cesar, se reunió á su hermano á quien precedían dos escuderos.

Roberto Briquet, viendo á los dos jóvenes marchar con los músicos, juzgó que iba á tener lugar el desenlace de aquella escena, si desenlace podía tener.

En consecuencia, se retiró ruidosamente del balcón y cerró la ventana.

Algunos curiosos obstinados permanecieron aún firmes en su puesto, pero al cabo de diez minutos habían desaparecido los más perseverantes.

En aquel intermedio, Roberto Briquet se había subido al tejado de su casa, dentellado como el de las casas flamencas, y ocultándose detrás de unos de sus dentellones, observaba las ventanas de enfrente.

Así que cesó el ruido en la calle, y que no se oyeron ya instrumentos, ni pasos, ni voces, por último entró todo en el orden acostumbrado, abrióse misteriosamente una de las ventanas superiores de aquella casa extraordinaria, y se asomó á ella una cabeza prudente.

— Ya no queda nadie, — murmuró una voz de hombre; — por consiguiente no hay ya peligro, era alguna broma dirigida á nuestro vecino, podéis dejar vuestro escondite, señora, y bajar á vuestro aposento.

Á estas palabras, el hombre cerró la ventana, sacó lumbre de su pedernal, encendió una lámpara y la entregó á otra persona que alargaba el brazo para recibirla.

Chicot miraba con todas las fuerzas de su pupila; pero no bien hubo percibido la pálida y sublime cara de una mujer que recibía aquella lámpara; no bien distinguió la mirada dulce y

triste que se cambió entre el criado y el ama, cuando él mismo palideció y sintió helársele la sangre en sus venas.

La mujer tenía apenas veinticuatro años. Aquella joven bajó entonces la escalera seguida de su criado.

— ¡ Ah ! — murmuró Chicot pasando la mano por su frente para limpiarse el sudor y como si al mismo tiempo hubiese querido echar de sí una visión terrible. — ¡ Ah ! conde del Bouchage, bizarro, hermano joven, amante insensato, que hablas ahora de ponerte alegre, parlero y jovial, pasa tu divisa á tu hermano, porque jamás volverás á decir: *hilariter* !

Luego descendió á su vez á su cuarto, con la frente sombría, como si hubiese descendido á algún pasado terrible, á un abismo sangriento, y se sentó en la sombra, subyugado, el último, pero quizá el más completamente, por la increíble influencia de melancolía que despedía sus rayos del centro de aquella casa.

---

## XVIII.

## El bolsillo de Chicot.

Chicot pasó toda la noche soñando sobre su sillón; decimos soñando, porque lo que le ocupé fueron menos pensamientos que sueños.

Volver al pasado, ver iluminarse á la luz de una sola mirada una época casi borrada ya de la memoria, no es pensar. Chicot habitó durante la noche todo un mundo que hacía tiempo había abandonado, y poblado de sombras ilustres ó graciosas que la mirada de la mujer pálida, semejante